

LA ACADEMIA CALASANCIA



FUNDADOR: REDMO. P. EDUARDO LLANAS. ESCOLAPIO : CONSULTOR DE LA SAGRADA CONGREGACIÓN DEL ÍNDICE



DE NUESTRO CERTAMEN

Van llegando a secretaría numerosos trabajos para el Certamen literario Nacional de la ACADEMIA CALASANCIA.

Al acercarse el día 27 de agosto en que finía el plazo de admisión, fuimos recibiendo peticiones de prórroga, a la que, después de madura deliberación, accedió la Junta Directiva, teniendo en cuenta el gran retraso con que, por efecto de la huelga de tipógrafos, había salido nuestro cartel anunciador.

En consecuencia, como ya se notificó a los interesados en nuestro número anterior, el plazo de admisión queda fijado definitivamente para los trabajos de toda procedencia en 30 de octubre.

He aquí ahora la primera lista de trabajos recibidos:

Núm. 1 — Tema 3.º; Lema: «Ah!... si la mujer se ocupara algo más de la mujer! Siguiendo las máximas del Crucificado... Severo Catalina. Núm. 2 — Tema 28: Lema: Porque si el Estado se encargara de velar sobre las escuelas públicas, la enseñanza... Mirabeau. Núm. 3 — Tema 10: Lema: Parvuli petierunt panem. Núm. 4 — Tema 1: Lema «... Instintu Divinitatis... de tyranno quam de omni eius factione...» Arco de Constantino. Núm. 5 — Tema 11: Lema: Tibi derelictus est pauper. Ps. H. 10, 14. Núm. 6 — Tema 6: Lema: España. Núm. 7 — Tema 2: Lema: ¡ Viva España ! Núm. 8 — Tema 10: Lema: Pauperes evangelizantur. Math. XI, 5. Núm. 9 — Tema 28: Lema: Non enim sine cuasa gladium portat. Ad Romanos. Cap. XIII; vers. 4. Núm. 10 — Tema 18: Lema: La Naturaleza, Núm. 11 — Tema 13: Lema: Sapientia ædificavit sibi domum. Núm. 12 — Tema 28: Lema: Indebida arrogación. Núm. 13 — Tema 24: Lema: Fuente de riqueza. Núm. 14 — Tema 2: Lema: Grandeza. Núm. 15 — Tema 7: Lema: Nadie en el mundo moderno tiene misión más noble que cumplir que el periodista... Pio X. Núm. 16 — Tema 6: Lema: ¡ Viva el Papa Rey ! Núm. 17 — Tema 18: Lema El dibujo es un excelente recurso educativo. Núm. 18 — Tema: L'estalactita. Lema: Amor.

CARTAS A MARIA TERESA

AMORES

III

Todo el mundo se mueve por estas dos causas: por el odio o por el amor. El odio en sí es feo, padre del crimen, hijo de la envidia, hermano de la avaricia y pariente del egoísmo. Es por demás señalar su cortejo de males.

Por el odio se vieron poblados los infiernos de ángeles rebeldes. La humanidad se ha visto ensangrentada desde sus primeros años, armando el brazo de los que ya abrigaban esta mala pasión. La Historia nos relata innumerables crímenes perpetrados por el odio indigno. El hombre ha sido rebajado por él, y la paz desaparece donde sea que reine.

Nuestra obra, pues, debe llevarse a cabo por la senda de los amores. El amor es la única panacea de la Humanidad.

Ha sido error de los hombres, inclinarse por el lado del odio, más o menos encubierto.

Lo natural es que sintamos amor por todo lo bueno. Así debemos querer las flores por sus encantos y perfumes y a los pájaros por sus trinos y cantos arpegiados, y por su vistoso plumaje avellutado.

La criatura humana creada a imagen y semejanza del mismo Dios, debe ser obsequio de nuestros respetos y amores, para cumplir mejor con la máxima predicada por Jesús, el amor de los amores.

«Amaos los unos a los otros.»

Si nos detenemos a dar una mirada retrospectiva a nuestra existencia toda, veremos que ha sido amargada en parte, en aquellas ocasiones en que nuestro corazón ha sufrido un desencanto, una decepción o ha sido rasgada por un acto de alta traición,

Ah! y cuando la suerte cruel nos arrebatara de entre nosotros aquellos seres que más amamos, se cubre, nuestro corazón, con el manto del dolor y de la tristeza.

Si posible nos fuese inaginar nos una madre sin amor, veríamos en ella, al símbolo de la monstruosidad. La maternidad es grande, precisamente, porque ella resume todos los sagrados amores de la familia.

Todo lo que nos convida a amar y a ser amados, nos deleita el espíritu, y el alma se dignifica y eleva hacia las regiones del gozo infinito.

Qué fuerza misteriosa nos empuja a rendir homenaje de admiración hacia las flores? Nosotros las amamos porque ellas nos manifiestan su amor con sus perfumes y aromas, con sus notas de colores vivos y encendidos como el fuego.

La moral, como la verdad, es una sola, y en una y otra vemos estampada la obra de Cristo.

El Divino Maestro nos enseñó a amar, y El amorosísimo como justo y recto, nos dijo: «Amaos los unos a los otros.»

Sublime enseñanza por su sencillez. Es tan sencilla, que está al alcance de todos. Nadie debiera sustraerse a ella.

Muchos han confundido ciertos amores mundanos y humanos con otros amores más naturales y divinales. Y es que hay a la gente que conviene disfrazarse con los vestales del amor para amagar sus bajas pasiones y vicios desenfrenados.

Unos creen divinizar el amor en el culto a la carne. Cuán equivocados están! Precisamente el amor es todo espiritualidad, y huye siempre de las humanas flaquezas.

El amor dignifica, y Jesucristo redimió la Humanidad por el infinito amor que sentía hacia los hombres, y por esto fué crucificado.

Si queremos dignificarnos, mi queridísima Teresa, ya ves hacia donde debemos dirigir nuestras súplicas y miradas.

Todo, todo por la Cruz, fuente y amor de todos los amores juntos.

LUIS G. FABREGA Y AMAT

Lima, 23 Mayo 1913

LA CIENCIA DE LOS NEGOCIOS

En uno de los debates desarrollados en nuestra Academia en el pasado curso, con ocasión de una ponencia sobre la educación moral de la juventud, fué la opinión de un señor Académico, asentida generalmente, que los tratados sobre dicha educación y más particularmente sobre educación de la voluntad, son insuficientes para dar de por sí los resultados apetecidos; nada hay tan insustituible en este terreno como la acción personal de un educador que siga paso a paso las incidencias del proceso educativo a que se somete al joven al través de la primera etapa de su vida social. La razón que fundamenta esta opinión, de completo acuerdo con la del infrascrito, es la de que las vicisitudes y accidentes de la vida cotidiana no se presentan, por lo general, bajo el aspecto absoluto, teórico con que los tratan dichas obras, y, por otra parte, la inteligencia del joven no ha adquirido aún las cualidades de asimilación de principios, con la que hacer aplicación constante y múltiple de estos.

No obstante, y haciendo esta salvedad de la consideración esencial, que me sugieren todas las obras de este género, estimo que *La ciencia de los negocios* es de gran utilidad para la obra del adiestramiento y perfeccionamiento moral, intelectual y científico de las juventudes mercantiles. Mayormente considero la oportunidad y acierto en traducirla a nuestro idioma por los caracteres agudos que presenta el problema de la actuación económica de España, problema que lleva aparejado, como consiguiente, el de la juventud economista, a la que dedica su notable trabajo el autor.

Tiene también para nosotros la ventaja incalculable de que sus principios son formados, además de enaltecidos por la autoridad de quien los sustenta, junto a las palpitaciones y vibraciones de la gran vida financiera, industrial y comercial de los Estados Unidos, cuyo gran espíritu no ya en su totalidad, sino en parte, infiltrado en la actual generación de jóvenes, bastaría para procurar el engrandecimiento de la patria.

La norma principal, sintética de la obra, la idea motriz que la encarna al través de tantas exquisiteces como atesora es el *espíritu de progreso*. Fijada está en el primer capítulo de la obra, como frontispicio que anticipa al visitante de sus páginas la tónica general bajo la que se diversifican sus bellezas: «El activo más grande que puede tener una empresa o un individuo, es el espíritu de progreso. *Sin él todo lo demás es obra vana; con él cualquier cosa es posible.*» De esta manera la *ciencia de los negocios* estriba ni más ni menos que en el espíritu de progreso, en el amor al mismo. Este en su orden particular excita al individuo a apropiarse la mayor suma de cualidades, conocimientos y virtudes, informa la historia del desenvolvimiento de una empresa poderosa; el espíritu de progreso ha acompañado a los grandes pueblos al pináculo de su hegemonía; y en fin, en orden universal, el espíritu de progreso que engendra como norte del mismo el deseo del bien común, ha dado sabios descubridores de trascendentales inventos y hombres altruistas dedicados a propagar e introducir por doquier sus bienhechoras obras.

El espíritu de progreso es el afán de alcanzar de continuo mayores ventajas, de obtener cada vez mejores posiciones, acomodando siempre lo noble del fin a estrictos, justos y dignos medios. *Amplitud de miras, amplia cultura, amplias simpatías, amplios propósitos para el bien:* he ahí la clave del éxito.

Partiendo, pues, de este principio se explican una serie de hechos que en conjunto nos deslumbran más de la cuenta. Las grandes empresas, y los grandes hechos se llevan a cabo cual los edificios, ladrillo por ladrillo. El espíritu de progreso informa la consecución de aquellos, mediante la acumulación de una serie de esfuerzos y de trabajos relativamente fáciles de ejecutar. «*Las cosas grandes se forman de la reunión de muchas pequeñas*» sin que se entiendan por estas, las que como, «*las menudencias y los quehaceres accidentales se multiplican a nuestro alrededor nos roban el tiempo, minan nuestras energías, nos distraen y absorben, nos engañan presentándonosnos revestidos de una falsa importancia y nos hacen perder tiempo, dinero y tranquilidad*».

Otra de las grandes afirmaciones y de los mejores consejos que contiene *La ciencia de los negocios* es la de que éstos no deben perder nunca de vista el interés común, ni mucho menos subordinar éste al particular del negociante. A este efecto el capítulo intitulado «El Reformador» que figura en la página 221, es de una fuerza incontrastable y fustiga con su preciso y contundente estilo al temperamento mercantilista y mezquino que se reduce exclusivamente a

obtener la particular ganancia. « *Estamos presenciando* — dice, con ese sano optimismo que se refleja en todo el libro y que conforta grandemente el espíritu del lector — *la ruina del egoísmo y la ola del favor público se vuelve hacia los que saben atemperar sus intereses con los del bien general* ».

Trata singularmente del entusiasmo del que hace un acabado elogio, y lo presenta en compañía de toda suerte de triunfos. En « *Desenvolvimiento del entusiasmo* » examina con gran acierto los caracteres y componentes indispensables para obtener « *un entusiasmo espontáneo, vigoroso, fecundo y avasallador* ».

En fin, ¿ a qué relacionar más, si nos exponemos a extractar casi todo el libro, en nuestro simple propósito de señalar sólo lo más notable que encierra? La fuerza de convicción de ese *tratado del perfeccionamiento del hombre comercial* es grande. La primera cualidad es el sano y prudente optimismo que los inspira y que no excluye la crítica de innumerables defectos y vicios flotantes todavía en la superficie del mundo de los negocios, mas reconociendo las corrientes reformadoras que empiezan a insinuarse; y sobre todo, rindiendo culto fervoroso y entusiasta a esos ideales que empiezan ya a apuntar en el horizonte, como aurora de días esplendorosos en que la elevación del nivel moral y científico y en que la satisfacción de justas reivindicaciones lleve a todos a participar del progreso; que sufrirá mientras tanto fuertes alternativas mientras no se consiga « *el abandono radical de ciertas teorías que extravían el juicio y conducen por falsos derroteros a los hombres y a las instituciones* ».

Por otra parte la factura de la obra hace que ésta se preste a ser leída sin cansancio y sin necesidad de hacer grandes esfuerzos para llegar a su fin. Waldo Pondray Warren es un espíritu exquisito y práctico que atiende los detalles como importantes para la formación del conjunto. Suavemente, placenteramente van desfilando ante el lector los capítulos de la obra, breves, y sustanciosos e interesantes.

Esto hace que la atención del lector, siendo cada vez mayor, sea más provechosa.

Cada capítulo de la obra, cada frase, es una sentencia, digna de figurar en el lugar más visible de todo establecimiento mercantil y de los departamentos de sus empleados. El teorismo, ese vicio tan común en obras de esta naturaleza no se manifiesta aquí de modo alguno. Sus sentencias son de un gran valor práctico, y del espíritu de la obra puede sacar el lector la norma exacta y eficaz de su ulterior conducta.

JOSÉ CUENCA PÉREZ
de la Sección de Estudios Económicos

UN CUENTO DECENAL

LA CAJA DE CAUDALES

La caja de caudales está allí, pesada, sombría, empotrada a tornillo en la pared... Está allí, a la cabecera del lecho, haciendo juego con el crucifijo pequeño, empalidecido en la sombra brutal de la masa de hierro.

Todas las noches, después que los criados suben a acostarse, después que se quitan los finos aldabones dorados de las puertas, después que reza su corta oración, después que se queda enteramente sola en su cuarto, la viuda combina las letras de las cerraduras, y con dos minúsculas llaves de acero, que nunca suelta, abre la pesada puertecilla de la caja, escudriñando si falta algo.

* * *

Primera tabla: 5.000 francos en billetes y otros tantos en oro para los golpes imprevistos, las enfermedades, la guerra, la revolución...

Segunda tabla: las obligaciones, las acciones, los recibos, de depósitos de títulos, las participaciones de fundadora, las carteras de talones.

Allí hay en aquella tabla, cientos y cientos de miles de francos... todos los meses aumenta tal cantidad, se amontona, se oprime, se prensa hasta doblar los anaqueles de hierro.

Tercera tabla: las joyas, las sortijas, los collares, los peines, los broches, los braceletes, todos los rubies, todos los zafiros, todos los ópalos, todas las esmeraldas, volcadas allí por las herencias, por las defunciones de parientes; como el mar gigantesco arrója y arroja sin cesar a la costa los restos sombríos o brillantes de los navíos destruidos.

* * *

La viuda contempla todo eso, que es su vida. Es el secreto de sus arrogancias... la independencia de su existencia... la razón de las sonrisas que la acogen por todas partes... el motivo de las manos que se la tienden... de las adulaciones que suben a su paso como un incienso... ¡Oh, querida caja, esconde escrupulosamente todo entre tus flancos de acero!... ¿Están completas las pilas? ¡Parece que falta un diamante!... ¡No, no!... Todo en su sitio...

Y la viuda, con sus manos arrugadas, empuja suavemente la puerta y en cuanto oye el muelle al cerrarse, besa con sus labios exangües el frío metal, como en otro tiempo las damas besaban el yelmo de hierro de su caballero.

* * *

Algunos días sin embargo, de retorno de misa, al salir de confesarse, volviendo del sermón, la viuda se acerca a la caja como si fuera a abrirla.

Su vida está depositada en aquella prisión de hierro, pero también la de otros...

¡Ah! ¡Va a dejar deslizarse lo que le sobra, va a dejarlo caer sobre las existencias desoladas que la rodean! Va a coger sus piedras frías y brillantes, de reflejos de sangre y de cielo azul, de matices de lágrimas y esperanza, y a decirles:

—¡Quiero que salgáis de aquí, que os convirtáis en pan, quiero que seáis sonrisas en el fondo de los ojos de los desgraciados!... ¡Quiero que vuestros fríos rayos se calienten y transformen en dicha, en misericordia y en amor!...

Cuando la viuda piensa así, parece transfigurarse, que otra mujer, muy lejana, muy inmaterial, también viene a sonreír y amar en sus ojillos.

Alguna vez se acuerda también de los periódicos católicos, en los cuales un puñado de hombres lucha por los principios católicos y la civilización cristiana contra una falange inmensa de formidables enemigos, y piensa que uno de aquellos títulos cuya renta ella no usa, la acción de su periódico, cuyos sanos principios le gustan, se triplicaría, y el dique que contiene la ola de la barbarie se haría más fuerte.

Pero todo eso no dura sino algunos segundos... el tiempo de buscar las llaves.

Luego, ese cadáver de mañana murmura, mirando al porvenir.

—¡No!... ¡Quién sabe lo que le puede ocurrir a una el día de mañana!

Y lo que le ocurrió fué que llegó la muerte.

Yo vi a la viuda partir en su último viaje al país de la eternidad.

Había hecho colocar todos sus diamantes, sus fajos de billetes, sobre la colcha, que empezaba a escarbar, como buscando entre aquel dinero sus veleidades caritativas, las escasas piezas de 10 y de 100 sueldos que a veces le había arrancado la miseria.

—¡Y que tenga una que marcharse poseyendo tanto oro!—me decía, haciendo crujir como hojas secas el papel de los billetes entre sus crispados dedos. ¡Y al expirar se volvió hacia la caja de caudales, donde se quedaba su corazón, su vida, su todo!...

* * *

Al día siguiente, el heredero, M. Goutrand de Z..., un sobrino undécimo, que es pariente suyo porque ella era rica, que si no ni hubiera sabido el nombre de la difunta, con la que habló dos o tres veces en su vida; un hombrecillo enjuto, con el monoclo en un ojo, bigotes engomados, aire perfectamete vulgar, hace el inventario de la caja con aires ultradesdeñosos:

—¡Ah, que dicha! ¿Dónde habrá una mujer semejante?... ¡No, no hay otra igual!... ¡Mil doscientos!... ¡Mil cuatrocientos!... ¡Y esta pila... y la otra!... ¡Oh, que juergas! ¡Qué boda! ¡Qué partido.

De pronto el ojo del joven se dilató detrás de su monoclo. ¡Un papel... escrito por su tia!... ¡A ver!... ¡A ver! ¡Nada tonterías! ¿Un

testamento, quizá?... Con dedos impacientes desgarró vivamente el sobre y abre el pliego.

Lee; pero de pronto se hecha a reír estrepitosamente:

— Mi tía, que encarga doscientas misas después de su muerte.

¡Doscientas misas! ¡Sapristi! ¿Pero qué se propone con todo ese despliegue de fuerzas? ¿Para qué vaciar todas las pilas de agua bendita? ¡Doscientas misas, 4.000 francos tirados al agua! Eso es demasiado... ¡Espéralas sentada! Eres una santa, y no te hacen falta.

* * *

Quince días después el cura de una de las primeras parroquias de París recibía, de manos de una ayuda de cámara, un billete de 100 francos dentro de un sobre, en el que se había escrito a escape con un lápiz:

”Se suplican dos o tres misas por monsieur Goutran de Z...”

— ¿No serán por su señora tía? — pregunta el cura, que se teme un error, todo asombrado de este rasgo de piedad en el rico mundano, que no pone los pies en la iglesia sino en bodas o entierros.

El ayuda de cámara, indiferente y que está muy deprimida, responde con aire distraído:

— ¡No, no; es por el señor!...

— ¡Oí una misa después de muerta! — murmura el sacerdote clavando en tierra los ojos, como recordándola. — ¡Pobre mujer! ¡Cómo venga Dios a los pobres!

PIERRE L'ERMITE

OBRAS Y NATURALEZA

Los automóviles que hacen el trayecto Tárrega Tremp no son incómodos. De asientos colocados dando frente al camino, el viajero puede contemplar cómodamente el panorama.

Con un francés, un inglés, un baturro, algunos viajeros de comercio, señoras que se marean, muchos comentarios y mucho polvo. Así fué el viaje hasta Artesa de Segre.

Carros y más carros nos obligan a detenernos muy a menudo.

Los carros evocadores del trabajo pacienzudo. Lentos con una lentitud desesperante. Los carreteros despiertan sobresaltados al trepidar de la máquina que se les viene encima. Las mulas retroceden, se revuelven, desconciertan por un momento el tiro; queda todo envuelto en nubes de polvo y seguimos.

Más arriba el paisaje y un ambiente fresco debido a la altura, hicieron olvidar un tanto el mal humor, el calor y los mareos.

La tarde declinaba ya y nos hallábamos en lo más alto de la sierra de Trem que no bajaría de los mil metros sobre el mar. Bosque de pinos y de encinas; grandes matas de romero con aroma a incienso. Amplio horizonte.

Emprendemos el descenso. Todo el valle de Tremp se nos aparece llano y verde de rica vegetación.

Más allá, los Pirineos asoman sus picos.

* * *

Tremp es ciudad antigua. Tremp es ahora ciudad con un núcleo de habitantes exóticos de costumbres y cosas estrañas.

Sus cafés y sus fondas huelen a Whisky y a tabaco inglés.

En sus calles se nota el tráfico de toda clase de vehículos, autos, motos, caballos montados por hombres en mangas de camisa, desnudos sus brazos hasta el codo y cubierta su cabeza por sombrero de alas anchas.

Dos trenes Renard, que jadeantes y empolvados descansan en la Plaza arrastraron vagones cargados de miles de kilos, y hombres de tipo británico, roja tez y pelo rubio, cuidan de sus motores que abrasan.

Dos jóvenes desmontan de sus jacas pequeñas, de clines y cola largas como las de América.

Llegan a mí y me abrazan. Vienen vestidos como todos. Sombrero ancho, polainas de cuero. Tienen la cara teñida de bronce y los brazos también.

¿Son dos americanos que acaso me confunden? No, son dos buenos amigos de Barcelona.

Me acogieron como desterrados visitados por un antiguo compatriota; con fraternal alegría.

* * *

El campamento que ha sido bautizado con el nombre de San Antonio es el lugar donde se realizan las obras de la compañía «Riegos y Fuerza del Ebro, S. A.» llamada vulgarmente Canadiense.

Allí se construye un embalse por el que podrían navegar los buques de mayor calado.

Algunos amigos quisieron que comiera con ellos en el campamento y por un día viví su vida de activo trabajo, de incesante ir y venir de autos, carros, trenes, vagonetas aéreas: trepidar de perforadoras, estallido de barrenos.

Cuando el sol se escondía les dejé. Soñé aquella noche; soñé en la obra terminada, colosal, incomparable. Y al propio tiempo admiré a mis amigos tenaces, fortalecidos por el trabajo al aire libre, alejados de su patria y de sus amores.

* * *

Dormí en Poble de Segur. En la posada clásica con su patio lleno de tartanas y de carros polvorientos, descansando desganchados.

Están allí como pensativos.

Muy de mañana partimos en auto para Capdella.

Bordeando el río se recorren treinta kilómetros de carretera admirando un paisaje nuevo, con los Pirineos enfrente.

Bajamos a un valle cubierto de apretada vegetación. La *Vall Fosca*. En efecto sombrío es aquel lugar y temprano de la tarde se despide de allí la luz solar y parece que entonces se inicie misteriosa una leyenda, un cuento de hadas.

Pueblecillos de afilado campanario se yerguen allá arriba, nos miran desde los picos más altos de la montaña y en el cielo azul ciérnese magestuosa el águila, planeando un vuelo seguro, dando envidia a los que por medios mecánicos quisieron imitarla.

* * *

El lugar escogido para el emplazamiento de los trabajos que efectúa la compañía «Energía Eléctrica de Cataluña» forma como un pequeño valle. Muchas casitas de madera, construídas todas al estilo suizo salpican la montaña y allí viven los ingenieros y otros empleados.

El personal es casi todo suizo dependiente de una importante casa de Zurich, la misma que realizó los trabajos del túnel del Simplón, de modo que al contemplar aquellas casitas de inclinado tejado, con sus geráneos rojos en las ventanas, sus huertos cercados de estacados y al ver las mujeres y los niños con el pelo de color de estopa, me hallé en Suiza como en sueños.

* * *

En un surco practicado en la vertiente de la montaña yácen recias tuberías de ancho diámetro que bajan de muy alto, de más de mil metros, y por su interior caerá impetuoso el chorro de agua cuyo salto de 840 m. desarrollará una fuerza de 60,000 H. P.

La compañía ha construído un hotelito de madera confortable y bien servido, lo que proporciona al turista una estancia agradable.

* * *

Antiguamente constituía una proeza el realizar una excursión a Caldas de Bohí. Eran necesarias muchas horas de pesada marcha en mulo, por intransitables senderos, verdaderos caminos de cabra.

Ahora, participando de las obras de la Energía, término de la carretera, pueden adquirirse fácilmente mulos y en ocho horas escasas traspasar el puesto de Rus y pasando por Taul y Bohí, bajar hasta Caldas.

Sin duda esta excursión se generalizará, tan pronto como se divulguen las bellezas del país y la excelencia de los manantiales medicinales que brotan en Caldas de Bohí.

El pueblo de Capdella está *colgado* de una roca. Lo componen unas veinte casas de paredes negras y tejados de pizarra. Calles estrechas y tortuosas.

De allí partí en una yegua roja acompañado de un montañés de

diez y seis años. Chico de inteligencia y espíritu económico refinadísimos.

Aquel pueblo y aquellos pueblerinos parecen transformados, confundidos, por el movimiento altamente moderno que ha invadido sus tranquilos y vetustos lares. Jamás en su pueblo vieron un carro y en pocos meses se les plantaron allí los automóviles, la luz eléctrica e incluso un funicular que transporta materiales a lo alto de la sierra.

Y el dinero a manos llenas.

* * *

Desde el amanecer una tempestad de viento frío se había desencadenado pero aún contra el consejo de los guías yo quise salir hacia Caldas. El puesto de Rus es algo temido cuando alguna tempestad así se desarrolla y en efecto: conforme íbamos subiendo, más fuerte nos venía el viento de frente y repetidas veces nos detuvo obligándome a desmontar. Al traspasar el puesto y hallarnos en la cresta de la montaña a 2.800 ms. de altura el viento fué tan huracanado, tan impetuoso y el frío tan intenso que mi pequeño guía asustado miraba de hito en hito con sus ojillos vivarachos,

A mitad de la gran loma que inicia el descenso la borrasca trajo rápida fatalmente hasta nosotros una turbonada y una ráfaga húmeda helada (a 5 grados según mi termómetro) nos envolvió en una tromba de agua. La exhalación y el trueno coronaron aquella escena de la Naturaleza.

La tempestad fué colosal, imponente, cínica. Una cabaña de pastores, inhabitada, nos guareció. Nos hallábamos muy lejos de poblado. Solos.

Pasó por fin y un sol radiante iluminó los picachos nevados y en la hondonada jugaba saltando la espuma blanquísima y el verde de pino, verde casi azul, severo destacábase del verde del prado y del boj y allá abajo formaban los verdes tupido dibujo y vivísima nota de color.

Siempre bajando, llegamos a Taull, pueblo notabilísimo, típico á más no poder. Su pintoresca situación le da aspecto de pueblecito de Belén. Con sus rebaños de corderos, sus casitas negruzcas que parecen de corcho y al atardecer las chimeneas humeantes; todo con un fondo de azules montañas. Las calles angostas y tortuosas, pendientes todas, con piedras en punta que lastiman los pies.

La gente de aquel pueblo son medio enanos, de cutis arrugadísimos, semejan raza de guomos. Tienen un lenguaje raro y se ocultan en sus viviendas recelosos.

La iglesia es interesantísima. Con retablos góticos en el altar mayor. Lástima que duerman allí olvidados. Me despedí de ellos con lágrimas en los ojos. Me los hubiera llevado conmigo. Un rapaz blanqueaba el interior de la iglesia de hermosa piedra picada, y las gotas de la cal, salpicaban despiadadas las doradas coronas de los santos del retablo.

Profanación tras profanación.

Con la excusa de buscar platos de loza antigua, *fiats* como allí les llaman, me interné en algunas viviendas, oscuras todas, ahumadas y con suelo y escaleras de madera.

* * *

Anocheciendo llegué a Caldas de Bohí casi tiritando, tal era el frío viento que nos castigaba de frente.

A pesar de estar aquel Balneario enclavado en un rincón de mundo no eran pocos los bañistas que allí había, algunos de los cuales me miraron con ojos compasivos cuando yo entumecido por el frío y las ocho horas a caballo me apeé y penetré en el patio de aquella gran casa que hace más de doscientos años vé llegar dolientes que con penas sin fin acuden de lejos y salen de allí curados milagrosamente; reumáticos que fueron conducidos en brazos ajenos y salieron por pié propio.

En efecto aquel sitio es admirable por todos conceptos. Brotan allí ¡32! manantiales de aguas minerales a todas las temperaturas (hasta 56°) y la Naturaleza puso de su parte un derroche de hermosura, de encantos ocultos a los españoles que por falta de medios de comunicación van a Suiza en busca de bellezas que aquí existen.

* * *

Una luna llena, hermosa, brillaba en un cielo de agosto. El viento cesó y sólo el ruido del agua que se despeña allí enfrente turbaba el silencio de una noche tibia de verano. Yo contemplaba absorto la inmensidad de aquella noche en la montaña que traía a mi memoria hechos y personas, que me acercaba en espíritu a otras montañas de lejos, de muy lejos.

El médico que se hallaba junto a mí me dijo:

—¿Mira V. aquellos picos salvajes pisados ahora sólo por los osos y las gamuzas? pues tal vez pronto subiremos allí en funicular.

JAI ME NADAL CAMPS

Caldas de Bohí, agosto 1913.